

Vidas Cipotudas (20). La más indispensable de las feministas españolas fue mucho más que la empecinada mujer que logró el sufragio universal para nuestro país en 1931: fue la auténtica madre de la patria

EN SERIE

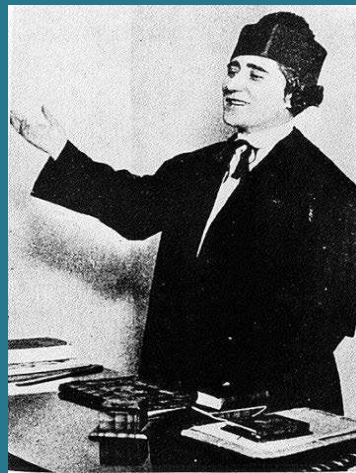
POR JORGE BUSTOS MADRID

Una mañana de marzo de 2017, Día de la Mujer, los cronistas parlamentarios descubrieron un busto nuevo en la sala del escritorio adyacente al hemicycle. Se trataba de una efigie en cristal blanco de Clara Campoamor que la presidenta de la Cámara había decidido reubicar allí, sacándola del sótano donde penaba desde 2006. Desde su privilegiada posición, la Campoamor atestigua ahora con orgullo el trabajo de las diputadas y reporteras.

La más indispensable de las feministas españolas no lo fue porque su pelea individual diese el fruto histórico del sufragio universal. Clara Campoamor merece el título de auténtica madre de la patria porque toda su vida revistió una emocionante coherencia que podría servir de inspiración a los políticos actuales –sin distinción de sexo–, si estos no estuvieran demasiado ocupados en asegurarse de que su jefe los incluye en la próxima lista electoral.

Para explicarse la tenacidad de su idealismo hay que acudir a esa rara aleación moral que nace del contacto entre unos orígenes modestos y una educación atenta. Había nacido Clara en el madrileño barrio de Maravillas (hoy Malasaña) a finales del siglo XIX, cuando la tasa de analfabetismo femenino frisaba el 80%. Su madre era costurera, pero su padre se desempeñaba de contable en un periódico. Y fue la pronta familiaridad con el mundillo periodístico, el hábito de leer noticias y artículos de opinión en la encrucijada sociopolítica de la España de entresiglos, lo que propició en la niña el despertar de una temprana toma de conciencia.

Progresaba adecuadamente cuando murió su padre, contando ella apenas 10 años de edad. Tocaba aparcarse los estudios y contribuir a la precaria economía familiar



**CLARA CAMPOAMOR
 UNA MUJER,
 UN VOTO**

empleándose como modistilla, telefonista o dependienta. Lectora incansable, en su juventud forjó el estilo que pavimentaría sus éxitos parlamentarios y dotaría a sus escritos de una luminosa acuidad.

Se matriculó en Derecho, se licenció y se inscribió en el colegio de abogados de Madrid. Era la segunda mujer en hacerlo, un mes después que Victoria Kent. Tenía 36 años, y empezó a escandalizar a la clase biempensante con el mero ejercicio de la abogacía. Muchos entonces la supusieron socialista, aunque ella evitó siempre esa militancia que podría haberle prestado una valiosa cobertura cuando arrojó el fuego. Pero ni le perdonaba al PSOE de

Pablo Iglesias su colaboración con los gobiernos del dictador Miguel Primo de Rivera ni le atraía el ideario marxista: se declaraba demócrata, republicana, liberal, laica. Y feminista, claro, con la convicción de que hombres y mujeres nacemos iguales. La moral de saloncito de té se sintió ofendida por su defensa en los sonados divorcios de Concha Espina y Josefina Blanco, esposa de Valle-Inclán.

Los hitos se suceden. Es la primera mujer que interviene ante el Tribunal Supremo. Se entrega a la elaboración de jurisprudencia sobre el estatuto jurídico de las españolas. Funda con otras compañeras la Federación Internacional de Mujeres de Carreras Jurídicas, cuya

sede subsiste en París. Concreta su pacifismo en la Liga Femenina Española por la Paz. Integra junto a Manuel Azaña la junta directiva del Ateneo de Madrid, donde siempre se sintió como en casa. Es nombrada delegada del tribunal de menores, donde trabaja mano a mano con la socialista Victoria Kent, quien llevó una vida paralela a la suya hasta que decidió equivocarse y ponerse perpendicular. Mantiene una sección en el periódico *La Libertad*, que analiza aspectos actuales de la vida de las mujeres. Le parece poco. La política la llama a gritos. Cuando adviene la República, las siglas que finalmente la cobijan y le brindan escaño en las elecciones de 1931 son las del Partido Radical de Lerroux. Se había afiliado a él porque su programa se definía por los mismos principios de liberalismo y laicidad que ella venía propagando por cualquier foro que la admitiera como oradora.

Clara Campoamor opinaba que el feminismo debería ser llamado humanismo sin más, puesto que se integra en él. Sus discursos son contundentes pero siempre respetuosos, racionales, persuasivos, y por eso derrotaron al machismo en la votación decisiva.

Se produjo el 1 de octubre de 1931. Estamos en pleno periodo constituyente. Doña Clara ha pasado el verano redactando borradores del artículo referido al sufragio femenino, su gran batalla. Ha trabajado duro, se ha reunido con unos y otros, ha debatido hasta la saciedad cada argumento, ha aguantado el desprecio, no ha cedido al desánimo jamás. Ha cosechado el consenso de los 21 diputados que forman la comisión redactora para que acepten sin debatir derechos fundamentales que habrá de consagrar la nueva constitución: la abolición de toda discriminación por razón de sexo, la igualdad jurídica de los hijos e hijas tenidos dentro y fuera del matrimonio, el divorcio.

Pero sobre el voto femenino –o lo que es lo mismo, el sufragio universal– no hay acuerdo. Ese espinoso punto deberá someterse a un debate específico en las Cortes.

El agotador verano declina y da paso a un otoño ilusionante: Clara Campoamor será la primera mujer que se dirija a toda la nación desde la tribuna del Congreso, sede de la soberanía popular. De su voz dependen el presente y el futuro legal de todas las españolas. Lleva una intervención muy medida para ganarse el favor de sus señorías, todos

como yo sirve en estos momentos a la República española».

Nos imaginamos el pataleo en las gradas: «Yo, señores diputados, me siento ciudadana antes que mujer, y considero que sería un profundo error político dejar a la mujer al margen de ese derecho, a la mujer que espera y confía en vosotros; a la mujer que, como ocurrió con otras fuerzas nuevas en la revolución francesa, será indiscutiblemente una nueva fuerza que se incorpora al derecho y no hay sino que empujarla a que siga su camino».

Cuando termina de hablar, los aplausos parecen imponerse a los silbidos. El recuento otorga a la diputada Campoamor una victoria irrefutable: 161 votos a favor,

121 en contra. El sufragio universal acaba de ser aprobado en España por primera vez. Campoamor sale embotada al pasillo: unos la felicitan, otros la increpan, algunos se apresuran a responsabilizarla de la puñalada fatal que acaba de recibir la República. Estalla la guerra y parte hacia Francia.

Pasa después una década en Buenos Aires entregada a la nostalgia y a la redacción de monografías históricas. En 1955 se establece definitivamente en Suiza. Un lugar en apariencia idílico, y por ello a menudo insoportable para su alma insurgente. El cáncer consiguió lo que no pudo el machismo primero ni el extremismo después: acabar con ella. Doña Clara Campoamor Rodríguez muere en Lausana solo tres años antes que el dictador Franco. Tampoco le fue dado atisbar el inicio de la Transición, que recogería en la vigente Carta Magna el precioso producto de su solitaria obstinación.

CAMPOAMOR OPINABA QUE

EL FEMINISMO DEBERÍA

SER LLAMADO HUMANISMO

SIN MÁS, PUESTO QUE

SE INTEGRA EN ÉL

varones menos dos: ella y Victoria Kent. Porque las mujeres podían ser elegidas pero no ser electoras. Y estando el hemicycle atestado de caballeros que ni siquiera conciben que el machismo pueda tener alternativa, la sedicente progresista Kent se erige en su peor enemiga.

Clara supera rápido la decepción, para la que por otro lado tenía preparado el duelo paralelo de opiniones en los periódicos. No puede permitirse la autocompasión. Y sube de nuevo a la tribuna para desmontar con precisión y apasionamiento la posición suicida y traicionera de su adversaria. Si la mujer paga impuestos como el hombre, llena los mítines como el hombre, alza la voz contra la guerra como el hombre porque padece su dolor igual que él, ¿no ha de votar también como él? «No cometáis un error histórico que no tendréis nunca bastante tiempo para llorar», apostrofa a sus oyentes masculinos desde una legitimidad indisimulable. «Sigo pensando, y no por vanidad, sino por íntima convicción, que nadie

VIDAS CIPOTUDAS

Mañana: María Moliner